



Manuel Horno Lozano



En Ordesa celebrando las Bodas de Oro, con todos sus hijos.

Es difícil escribir sobre alguien a quien acabas de perder y ha dejado un vacío tan grande. Pero teníamos una entrevista pendiente para esta revista que no se llegó a hacer, porque mi padre, Manuel Horno Lozano, Manuel el Pata, Manolo para quienes lo conocieron en Pamplona, Don Manuel para aquellos que lo tuvieron como veterinario, ya no estaba en condiciones de contar muchas cosas. A mi padre, además, era difícil sacarle muchas palabras, ni qué decir historias.

Fue un hombre callado, que se comunicaba con unos ojos de color indefinido, entre azules grisáceos y verdes, en los que adivinabas casi lo que le pasaba por la cabeza en el momento en que te miraba. Y con unos gruñidos sordos que según mi madre hago yo también, cuando no tengo muchas ganas de contestar a algo.

Nació el 12 de Febrero de 1932 en Oseja, su pueblo, del que nunca llegó a salir aunque acabara formando una familia en Pamplona. Y si digo esto es porque cualquiera de los que lo hayáis conocido sabíais de su amor incondicional por su casa natal, su gente y sus tierras. Heredó de su padre esa capacidad inmensa de trabajar, estar disponible para los demás, lo que le convirtió en un hijo, hermano, marido, padre y abuelo con los años, cercano, generoso, entrañable. Siempre he pensado que mis abuelos, el abuelo José y la abuela Joaquina, dos personas sencillas, con pocos o ningún estudio, que apenas habían salido de Oseja, demostraron una gran sabiduría natural y una gran generosidad al decidir mandar a sus tres hijos a estudiar a Zaragoza, con todo el sacrificio que ello conllevaba. De ese modo mi padre estudió en los Escolapios de Zaragoza, de los que siempre nos decía estar muy agradecido, y continuó con la carrera de Veterinaria y, yendo a comprar a una papelería conoció a M^a Teresa, que era dependienta en el negocio familiar. Así que se hizo cargo de todas las compras de lápices y folios de sus compañeros de curso por tener una excusa para ir a verla y acabó casándose con ella el 5 de Julio de 1962. Y nueve años más tarde ya estábamos sus seis hijos en este mundo.

Su trabajo como veterinario comenzó en Tudela, en Pienso Ale. Fue en esa época cuando ideó crear UVESA, Unión Veterinaria Sociedad Anónima, grupo al que estuvo ligado durante unos años. De Tudela se trasladó a Pamplona, donde trabajó en el Mercado Municipal, en diversas granjas avícolas y con el grupo farmacéutico Farco Veterinaria. Allá por el año 1975 sacó unas oposiciones a funcionario del Estado de veterinario, estudiando a ratos por las tardes, cuando volvía de trabajar, con todos sus hijos dando guerra a su alrededor. Lo recuerdo sentado delante de los temarios, supongo que intentando concentrarse con mucho esfuerzo, pero pendiente siempre de nosotros. Eligió una plaza lo suficientemente cerca de Pamplona como para poder ir él a trabajar y no movernos a todos de ciudad. Fue un hombre silencioso y tranquilo, que echaba una mano en casa si hacía falta, porque lo mismo tendía la ropa que limpiaba verdura, como vio hacer a su padre. Se enfadaba poco, y si lo hacía, con un par de bromas conseguíamos sacarle una sonrisa. Nos divertían sus arreglos caseros, casi siempre con cinta aislante, que eran provisionales y duraban años, porque ya nos acostumbrábamos a verlos así. Conducía volviendo la cabeza a la izquierda constantemente para desesperación de mi madre, y una de sus frases en los viajes cuando protestábamos por el aburrimiento era "¡Mirad el paisaje! Si miraseis el paisaje no os aburriríais tanto". Se le iluminaba la cara cuando nos llevaba a Oseja y creo que con el tiempo todos entendimos que le hicieran tan feliz esas palizas que se daba (y algunas veces nos daba) cogien-



El abuelo José y mi padre Manuel.



La última visita a Oseja.

do almendras y trabajando sus tierras. Un trago de agua fresca del botijo, un trozo de pan con cualquier cosa, unas cerezas recién cogidas, sentado a la sombra sobre un cajón en la aldea bastaban para que le brillase la mirada mientras nos decía: "¡Esto es gloria!". Siempre trató a sus padres de usted, siempre dejó a mi madre pasar la primera, nunca le oímos gritos ni tacos. Daba pocas lecciones de palabra, pero todos hemos crecido aprendiendo de su ejemplo.

Tenía un sentido del humor muy suyo, inte-

ligente y pícaro. A sus nietos les contaba historias absurdas: "Eso lo inventamos mi amigo Bartolo y yo cuando éramos pequeños, en Oseja, mi pueblo, el mejor pueblo del mundo" les decía refiriéndose a la canasta de baloncesto o a cualquier cosa con la que jugaran en ese momento. Las caras de mis sobrinos eran todo un poema porque ni Bartolo existió nunca, ni era muy probable que en los tiempos de su abuelo conocieran a los Pokémon. Le protestaban incrédulos y se enfadaban cuando insistía en que su amigo y él de niños ya habían ganado torneos de tenis, por ejemplo, y en que en su pueblo se habían celebrado las primeras Olimpiadas. Pero era el abuelo que los durmió en brazos de pequeños, el que se dejaba hacer de todo en sus juegos, el abuelo que los llevaba al parque y los iba a buscar a la salida del colegio.

Y con esa forma de ser suya, paciente y generosa, sin exigencias, cariñoso a su manera, que aceptó todo lo que le trajo la vida y se adaptó a los tiempos, se ganó el amor de todos los que tuvimos la suerte de tenerlo cerca. Por eso estos últimos años en los que hemos tenido que cuidarlo y ayudarlo al final en todo, sin oír nunca una queja, lejos de ser una carga o una obligación, Papá ha sido un regalo de la vida, porque pocas cosas hay más valiosas que las enseñanzas, el ejemplo y la mirada agradecida de un hombre bueno.

Mi padre se fue la mañana del 17 de Abril de este año 2020, en medio de esta pandemia que nos ha trastocado a todos la vida hasta el punto de que algunos no pudimos estar a su lado para despedirnos de él. Estoy segura de que a pesar de eso sabía que de alguna manera nos tenía ahí. Él sigue presente cada día, porque los hombres sencillos y de buen corazón, son los que dejan una huella profunda para



Papá y Telmo partiendo almendras.



Con su nieto Pablo.



Con Amaya.



Con Lago, Cecilia, Ignacio y Pilar.

siempre. Cuando podamos volver a reunirnos todos, Manuel, Manolo, Papá, volverá a Oseja para quedarse, en esas tierras que junto con su mujer, sus hijos, sus nietos, sus padres, sus hermanos, su familia, fueron el amor de su vida.

Descansa en paz, Papá. No hemos podido quererte más. No has podido darnos más.

Arantza Horno y hermanos...



Con su nieta Paula.



Mis padres Manuel y María Teresa



Con su hermana Josefina y sus sobrinas María José y Verónica.